

giarse en ese lugar, se vieron obligados a huir temerosos de perder la vida entre las llamas, puesto que los federales lo incendiaron.

“En grandes caravanas los vecinos de ese pueblo emigraron a la vecina población de Tlalpam, en tanto que otros se dirigían a esta capital, y a San Andrés Toluquepec y a San Pedro Mártir, dejando abandonados sus hogares y sus propiedades.

“Como los recursos que traían los habitantes del Ajusco se les han agotado y las cosechas de maíz y papa están próximas a perderse, han elevado un ocurso a la Secretaría de Gobernación, solicitando se les conceda volver a sus propiedades, mediante la identificación que harán de sus personas para comprobar que son amigos del Gobierno....”

Para que podáis juzgar, señores Senadores, toda la gravedad de este artículo de “El Imparcial”, que quizá para muchos lectores pasó inadvertido, os ruego que por medio del pensamiento os coloquéis un instante en el número de esos infelices habitantes del Ajusco.

Imagináos en vuestra casita, viviendo con el día y manteniendo con vuestro trabajo a vuestra esposa, a cinco o seis chiquillos, quizá uno de pecho, a vuestro padre anciano e inválido a vuestra madre enferma.—Bruscamente la orden de concentración.—Lleno de terror el jefe de la casa ordena a su vez que toda la familia se ponga en movimiento; y todos, apresuradamente, emprenden la marcha, llevando por único bagaje unos cuantos centavos, unos cuantos trapos y... nada más.

¿A dónde ir? ¿Qué camino tomar? Para los que tienen la más ligera simpatía por Zapata, no hay vacilación: ¡se van con Zapata!

Pero los amigos del gobierno, ¿qué hacen? Vacilan, se confunden. En fin, hay que resolverse: para morir de hambre lo mismo se muere en una parte que en otra. Se toma, pues, el primer camino que se presenta y se camina, se camina a la ventura, con el corazón oprimido y el espíritu sobrecogido de terror, hasta llegar a un

poblado. Allí, ¿quién da posada, quién da trabajo a los habitantes del Ajusco? Todos desconfían de ellos, todos temen que esos extraños puedan ser partidarios de Zapata, puedan ser espías. En resumen: todas las puertas se cierran.... Dejo el resto a vuestra profunda meditación, señores Senadores; meditaad profundamente en lo que sufriréis con vuestra familia en pueblo extraño, sin dinero, sin ropa, sin hogar y sin pan.... ¿Cuántos no pereceréis en esa terrible peregrinación? Y para los que sobreviváis, ¡cuántos tormentos os esperan para cuando al fin el gobierno de don Victoriano Huerta os permita volver a vuestro pueblo! ¿Cómo encontraréis vuestra casita? Vuestra cosecha de maíz que está próxima a perderse, estará, cuando lleguéis a vuestro pueblo, completamente perdida; ¿qué daréis de comer a vuestros hijitos? ¡Hierbas, raíces, tierra!

Hecha esta digresión, continuemos, señores Senadores. En su constante obsesión, don Victoriano Huerta desconfía de todos, y teme que todos lo traicionen. Hace varios días que su gabinete está incompleto y no ha sido capaz de completarlo. ¿No pensáis, señores Senadores, que esa debilidad de carácter, que esa constante vacilación demuestran un cerebro desequilibrado y son sumamente perjudiciales al país en las actuales circunstancias por que atraviesa?

Además del desequilibrio producido por su constante obsesión y cuyos síntomas fueron descritos magistralmente por Shakespeare, don Victoriano Huerta está afectado de otra forma de desequilibrio: es la descrita con sin igual maestría por Cervantes: don Victoriano Huerta cree que él es el único hombre capaz de gobernar México y de remediar todos sus males; ve ejércitos imaginarios, ve un ejército de noventa y cuatro mil hombres bajo sus órdenes. Y fenómeno curioso, que sería risible si no fuera excesivamente alarmante: el pueblo y aún algunos miembros de las Cámaras están desempeñando ingenuamente el papel de Sancho, contagiándose con la locura de don Quijote, y ven en don Victoriano

Huerta un guerrero de más empuje que Alejandro el Grande y ven en los soldaditos de once años de la Escuela Preparatoria veteranos más aguerridos que los de Julio César o que los de Napoleón I.

Esto es gravísimo, señores senadores, porque debido a esa locura, don Victoriano Huerta está provocando un conflicto internacional con los Estados Unidos de América y ese conflicto puede llevarnos a la intervención.

La intervención, oid bien lo que es, señores senadores: es la muerte de todos los mexicanos que tengan valor, que tengan dignidad, que tengan honor. ¡Cobarde y miserable el mexicano que no vaya a combatir contra los americanos el día que profanen nuestro suelo! Sí, iremos a combatir; pero no con la esperanza de obtener el triunfo, porque la lucha es muy desigual, sino solamente para salvar lo que deben tener en más valía que la existencia los hombres y las naciones: el honor. Iremos a morir para que más tarde, cuando el extranjero desembarque en nuestras playas diga, descubriéndose al pisar nuestro: ¡de mil héroes la patria aquí fué!!

Pero señores, antes de llegar a ese extremo, los mexicanos deben evitarlo con dignidad y prudencia y no dar motivo con sus locuras a que los americanos puedan justificar ante el mundo una invasión a nuestra patria.

Ahora bien, si don Victoriano Huerta, desequilibrado, está poniendo en inminente peligro a la patria, ¿no os toca a vosotros, señores Senadores, poner un remedio a la situación?

Ese remedio es el siguiente: Concededme la honra de ir, comisionado por esta Augusta Asamblea, a pedir a don Victoriano Huerta que firme su renuncia de Presidente de la República. Creo que el éxito es muy posible; he aquí mi plan:

Me presentaré a don Victoriano Huerta con la solicitud firmada por todos los Senadores aquí presentes, y además con un ejemplar de este discurso y otro del

que tuve la honra de presentar al señor Presidente del Senado en la sesión del 23 de Septiembre.

Al leer esos documentos, lo más probable es: que llegando a la mitad de la lectura, don Victoriano Huerta pierda la paciencia, sea acometido de un arrebatado de ira y me mate. En este caso, nuestro triunfo es seguro, porque los papeles quedarán allí y después de haberme muerto, no podrá don Victoriano Huerta resistir la curiosidad, seguirá leyendo y cuando acabe de leer, horrorizado de su crimen, se matará él también y la Patria se salvará.

Puede suceder también que tenga bastante paciencia para oír la lectura hasta el fin, y que al concluir sería de mi simpleza de creer que un hombre de su temple pueda ablandarse y convencerse con mis palabras y entonces me matará o hará de mí lo que más le cuadre. En ese caso, la Representación Nacional sabrá a su vez lo que debe hacer.

Por último, puede darse este caso, que sería de todo el mejor; que don Victoriano Huerta tenga un momento de lucidez, que comprenda la situación tal como se presenta y que firme su renuncia. Entonces, al recibirla, le diré: señor general don Victoriano Huerta, este acto rehabilita a usted de todas sus faltas. En nombre de la Patria, en nombre de la Humanidad, en nombre de Dios Omnipotente, ruego al pueblo mexicano que olvide los errores de usted, y de hoy en adelante, sólo vea usted al hijo pródigo, al hermano que vuelve arrepentido al seno del hogar, y al cual debemos todos los mexicanos devolver cariño y consideraciones.

Con este hecho, señores Senadores, también el Pueblo Mexicano en su magnanimidad quedará rehabilitado ante el mundo, ante la Historia y ante Dios, de todas sus locuras, y la paz, el orden y la prosperidad volverán a reinar en la Patria mexicana.

Espero, señores Senadores, que no diréis que dejaréis de ocuparos hoy mismo de este asunto por no ser el que se está tratando. Si tal cosa me dijerais yo os res-

pondería, señores Senadores, que en estos críticos momentos la salvación de la Patria debe ser nuestra idea fija, nuestra constante preocupación, y cuando algún medio parezca aceptable para conseguirla, no debe perderse la ocasión, hay que ponerlo en práctica inmediatamente.

Os ruego pues, señores Senadores, que os declaréis en sesión permanente y que no os separéis de este recinto antes de poner en mis manos el pliego que debo entregar personalmente a don Victoriano Huerta.

No dudo, señores Senadores, que sabréis proceder con toda la virilidad y prontitud que el caso requiere, para no exponeros a que más tarde se diga de vosotros que lloráis como mujeres la pérdida de vuestra nacionalidad que no supísteis defender como hombres".

Al final de este discurso, existe una nota que dice: "Urge que el pueblo mexicano conozca este discurso para que apoye a la Representación Nacional, y no pudiendo disponer de ninguna imprenta, recomiendo a todo el que lo lea, que saque cinco o más copias, insertando también esta nota y las distribuya a sus amigos y conocidos de la capital y de los Estados. ¡Ojalá hubiera un impresor honrado y sin miedo!

Aquí termina la nota, señores Senadores, y me es muy grato manifestar a ustedes que ya hubo quien imprimiera este discurso. ¿Queréis saber, señores quién lo imprimió? Voy a decíroslo para honra y gloria de la mujer mexicana; ¡lo imprimió una señorita!

DR. B. DOMINGUEZ,

México, Octubre de 1913.  
Senador por el Estado de Chiapas.

## DOS CARTAS.

El Paso, Tex, 9 Nov. 1913.

Sr. X,

Madrid.

Mi inolvidable amigo:

Ayer tuve el gusto de recibir su corta pero expresiva carta y le doy las gracias por todo: por su eficacia de "agua de Lourdes" que no le he reembolsado; por sus interesantísimas conversaciones en las cuales —yo que me hago y me haré siempre ilusiones descubrí "un alma *afín*"; porque de seguro creará Ud. finalmente que no me siento victimizado por el descalabro recibido y que continuo siendo adicto a la causa de la justicia. Nada más, debo advertirle, que mis impresiones y mis informaciones no corresponden a la idea generosa que de nuestra necesaria revolución de 1913 nos hemos formado. He hecho y hago todos los días mi examen de conciencia para ahuyentar todo prejuicio que pudiera oscurecer mi criterio a causa del conflicto moral y del daño material que he cosechado al final de mi honrado esfuerzo. No, amigo mío, este movimiento no tiene la pureza de miras que desde lejos le hemos reconocido sus partidarios. Bajo la apariencia honrada de una lucha por la libertad social y económica del llamado pueblo, que son y serán mientras vivan los doce millones de oprimidos y de míseros para quienes Ud. implora generosamente piedad, se está sustituyendo a la antigua y aborrecida, otra no menos temible.

egoísta y peligrosa clase directora y única, quizás tan terrible y peligrosa como la que hasta hoy ha causado las presentes desgracias nacionales. Y tiene esta clase tales caracteres porque no está creciendo como la otra creció a la sombra de un despotismo tranquilo y opulento y generalmente aplaudido y soportado, sino que entra a la liza bajo los auspicios súbitos, brutales e incontenibles del triunfo guerrero. En el fondo, esta revolución es puramente política y no tiene más fin práctico que el de poner todas las tradiciones del despotismo en manos nuevas, arrancándolas de las traidoras de Huerta que es el representante legítimo de la tradición porfiriana. En primer lugar, se preconiza la venganza. En aras de este Moloch y por ser amigo de un adversario político, los íntimos de don Venustiano no sólo se opusieron a que este me recibiera y me aceptara en el consorcio, sino que pidieron medios violentos a los cuales, por fortuna, el jefe no adhirió. Tuvo la real bondad que le agradeceré siempre, de darme dos días para salir sin ser molestado en manera alguna. Pero mi caso no es más que uno. A mi llegada a Nogales, en donde paré dos días esperando tren, fué aprehendido del lado mexicano, e incontinentemente fusilado por el jefe de las armas—un peladón cualquiera—, un joven periodista del otro bando que tuvo la imprudencia de atravesar la línea fronteriza para comer enchiladas en un figón paisano. Tan tierno, tímido e insignificante era ese traidor que hubo que hacerle violencia para que se tuviera en pie ante sus verdugos. Nota trístísima: Salía de la escuela un grupo de muchachitas charlatanas e inconscientes y oí que decían: "Fueron Uds. a ver al fusilado?" Y en la campaña, lo sé por oficiales combatientes; *no se hacen prisioneros*. La consigna efectiva o tácita es: muerte al pelón! muerte al federal! como si esos desgraciados fueran culpables.... Y en este ramo de las violencias hay todo un programa para la hora del triunfo.

En segundo lugar entra la reforma social. Esta

consiste en el despojo más o menos sistemático de los ricos. En Sonora, por ejemplo, los bienes de los que no se han adherido a la causa están confiscados temporalmente. Pero aquí mismo se verifica un fenómeno que debe tomarse en cuenta. Los indios yaquis favorecen, por odio al federal, la causa constitucionalista y tienen un millar o más de combatientes al servicio de la revolución. Pues bien, los yaquis restantes, afuera de los poblados, se dedican tranquilamente al bandidaje: no matan, pero roban. Y el gobierno los tolera... pero se los guarda. Fíjese Ud. en esto y medite sobre la reforma social que espera a este grupo indígena y a todos los demás de la República cuando los "hombres del Norte", que dice Pesqueira, se metan a labrar la felicidad de sus conciudadanos.

¿Me tachará Ud. de pesimista? No, no lo soy. He dicho que soy hombre de ilusiones, es decir, de ideales. Por lo que investigué, Carranza es varón fuerte y tiene conciencia de sus responsabilidades. Ojalá que su *entourage* no se le sobreponga. Alguien me dijo estas palabras textualmente: "Esta revolución es la última carta de la baraja, y mi terror y mi angustia consisten en que el día del triunfo tal vez no encontremos hombres de valer y de prestigio capaces de acometer con éxito la obra de la reconstrucción".

Pero para mí, buen amigo, como para Ud., el asunto queda en pie. A través de todas las humanas vicisitudes, el día de la justicia vendrá. Si estos luchadores no lo alcanzan, otros vendrán y el pobre Indio algún día enjugará sus lágrimas y aportará al concierto de la civilización americana su nota insondable de poesía y sentimiento.

Quedo de Ud. afmo. amigo y S. S.

Y. Z

Le adjunto las siguientes interesantísimas declaraciones de Carranza:

"La gran revolución que desde hace tres años nos

tiene sumidos en los horrores de la anarquía, según unos, o debatiéndonos en esfuerzos titánicos para llegar a una organización mejor, según otros, nos ha obligado a todos, amigos y enemigos, radicales y conservadores, a estudiar de cerca los orígenes de ese riguroso movimiento que ha logrado sacudir la apatía de las masas populares que durante el porfirismo permanecieron al parecer, somnolientas e inmóviles cuando en realidad incubaban en su seno ansias fecundas de libertad y anhelos fervorosos de emancipación.

“Apoyados en los hechos, en la historia nacional, en la doctrina de los maestros y precursores, hemos demostrado, por nuestra parte, que la causa inicial y profunda de ese inusitado sacudimiento de las multitudes, radica en nuestro absurdo régimen agrario, en la “inonstruosa división de la propiedad territorial”, en la existencia de un feudalismo rural férreamente organizado, en que unos cuantos señores con el engañoso nombre de hacendados, mantienen en la opresión y en la miseria más negra a muchos millones de hombres a quienes se quita el derecho de comer a sus anchas, de trabajar para sí, de disfrutar un jornal que les permita cubrir la desnudez de sus hijos.

“Como dice el licenciado Wistano L. Orozco, en su libro sobre “Terrenos Baldíos”, que es una de las obras clásicas en el Derecho Mexicano.

“El hacendado compra el derecho “pro indiviso” a una fanega de sembradura, por ejemplo.

“A pretexto de esta compra, y a veces sin pretexto ninguno, manda atascar con sus mojoneras medio sitio o más de terreno que pertenece legítimamente a sus pacíficos vecinos, pobres muchos e ignorantes las más de las veces.

“A renglón seguido de esta invasión, si los dueños legítimos de la tierra sacan de allí los ganados del hacendado, el jefe político del cantón declara bandidos a dichos dueños y los manda asesinar mediante la ley de

fuga, los reduce a prisión o los consigna al servicio de las armas.

“Y el pueblo mejicano, cansado de esta horrible explotación se ha lanzado a la guerra para no sucumbir de inanición. Esta es la lucha por la vida. Ya que la voz de la razón no se escuchó y la tierra no se repartió por las buenas, hoy la tomamos por la fuerza y la repartiremos por ley de orden público teñida en sangre. Es bien triste. Yo quisiera que todos recapacitaran y pusieran fin a su derramamiento.

“¡Abajo Huerta! ¡Viva la revolución libertadora!”

---

Santa Clara, (Cuba) Dic. 10/913.

Sr. Y. Z.

El Paso, Tex.

Mi querido amigo:

De Madrid me reexpidieron la buena carta de Ud. del 9 ppdo. y la contesto en el acto nerviosamente, después de haber violado las reglas establecidas, mostrándola a varios amigos que se encuentran en este hotel, pero con la más sana intención del mundo. Desde luego nos ha hecho Ud. un gran bien: aquí corren los rumores más absurdos respecto de la personalidad del hombre sobre quien están fijadas todas las miradas, pendientes todas las esperanzas de los mexicanos de vergüenza. Unos afirman que está dispuesto a tratar con Huerta o con Félix, otros que todo lo tenía listo para sublevarse contra Madero. La afirmación de Ud.,—no obstante su indignación tan justa y el despecho que ella origina,—de

que Carranza es un varón fuerte y que tiene conciencia de sus responsabilidades, ha venido a convencernos de que todas esas murmuraciones son la obra eterna, hipócrita y falaz de los enemigos del pueblo. Su discurso de Ciudad Juárez nos ha llenado de regocijo.

A una carta como la de Ud. que respira tanta sinceridad, yo no puedo contestar sino con un cange completo de mi pensamiento con el suyo, que tan desnudo me muestra. Desde luego, ¿cómo es posible que Ud. tan avisado y tan mundano, haya podido presentarse a los directores de la Revolución sin una carta de su cónsul, por ejemplo? El solo recuerdo de sus ligas con uno de nuestros adversarios políticos, tiene que haber causado verdadero terror en el campo revolucionario. Hace dos semanas encontré en esta a don . . . y deseoso de saber noticias de Ud., le pedí informes. "Está en Hermosillo y lo tenemos en observación." Y en el acto le dije: "Pero eso es una atrocidad! Z. es un ardiente revolucionario cuyas ideas conozco a fondo! Diga Ud. a los jefes que Z. es un hombre sincero de cuya lealtad respondo. Se está cometiendo un gran error y una grave injusticia!"

Pero precisamente esa manera de presentarse de Ud., pasado el asombro que debe haber producido su llegada, es un título más de sinceridad de espontaneidad, de confianza. Si Carranza verdadero árbitro de nuestros futuros destinos, tiene dón de gentes, él sabrá estimar lo que Ud. llama con tanta modestia su "honrado esfuerzo". Si el asesinato de su gran amigo Serafio Rendón, ese honrado representante del pueblo que yo ví partir de Cuba en peligrosísimo momento para meterse en las fauces del tigre, acabó con las vacilaciones de Ud., lanzándolo a generosa aventura poco propicia a su refinada cultura social, esa manera de presentarse para pedir un fusil desdeñando toda "influencia" y toda intriga, su mismo "chasco" (impropia palabra en cosas heroicas!) me aseguran para Ud. una colaboración cuanto más efectiva más benéfica, para los graves días

de reivindicación (si no de vindicta que su moderantismo rechaza) y de reconstrucción social. Porque en esa colaboración, en ese participio yo sigo creyendo amigo Z. La voluntaria reclusión de Ud. en los Angeles, tiene que haber concluido despues del mes que ha transcurrido desde la fecha de su carta. Si la Revolución, que Ud. llama "necesarísima", comete excesos, necesita hombres como Ud. para moderarlos (los que por esa causa se alejan de ella como Raúl Madero, cometen la más grave inconsecuencia); si hombres "sin pureza de miras" comienzan a agruparse en torno de ella, hacen falta los que como Ud. van "de gorra" y sin otra ambición que recobrar el honor nacional ultrajado por el bribón que traicionó a su jefe y burló al pueblo.

Yo no creo que hombres como Ud. puedan hacer la guerra en México de una manera efectiva, es decir, que puedan hacer la fusil al hombro y canana al pecho, sin caer en el hospital (?) a las veinte jornadas. En París, como Camilo, como Baudin, como cualquiera de nuestros maestros de heroísmo, pondríamos nuestro pecho detrás o encima de una barricada y caeríamos como cualquiera por un poco de gloria. Pero en México, donde los campos son largos y altas las montañas, donde el combatiente come maíz tostado, bebe lo que puede y "duerme con la que puede", la guerra es guerra de lobos con el incendio además porque todo está agravado por el odio de una raza que se siente secularmente oprimida y cuyos instintos se manifiestan en cuanto la posesión de un fusil le revela el verdadero sentido de su libertad sacrosanta, de su dignidad recobrada y la vergüenza de haberlas perdido y el rencor macho, ronco, reconcentrado, que estalla al fin, chiflando, del primer cápsul. ¿Por qué se espanta Ud. de que un "peladón cualquiera" fusile a un joven periodista del otro bando, "tierno, tímido, insignificante"? En mi íntimo sentir —y en el de Ud. también señor ateniense— en México hay esto grande: "los peladones" y esto despreciable: federales y periodistas; los primeros porque ningún

hombre de honor—y mucho menos cuando ese hombre de honor es un soldado—puede batirse por un traidor; y mucho menos cuando a los ojos espantados del mundo entero ese traidor está asesinando al pueblo; y mucho menos cuando ese pueblo está en peligro de perder su independencia—; y los segundos porque, en estos momentos, el ejercicio del periodismo en México es cosa imposible para un hombre honrado. ¿Ha pensado Ud. que esta guerra no es una simple guerra civil, que no será, sino como consecuencia, una guerra social, pero que sí es, porque tal fué el grito de Carranza, una guerra moral, una guerra por la reconquista del *sentido moral* hecho trizas por toda una clase—la clase criolla del centro y sur—que acogió primero en su vil pecho, con fruición y deleite, la vil impostura diaria de “La Tribuna” y “El Mañana” y aplaudió después, con cobarde suspiro, el asesinato de los dos hombres más honrados que la República había puesto a su cabeza? Los “Hombres del Norte” cuan justa es la fiera palabra de Pesqueira! Yo no tomo en cuenta las excepciones. Estas son entre otras: Usted, veracruzano que mamó leche de Vergniaud y de Montesquieu; Azcona que la mamó de Schiller: Alberto Pani, más florentino que “chilero” de Aguascalientes; Vasconcelos natural en Boston y exótico en Oaxaca; pocos, muy pocos: si hasta Urueta, la más verdadera de nuestras glorias literarias es de Chihuahua! Los Hombres del Norte! Si esto esto es una fanfarria! “Esto matará aquello”.... Los coahuilenses de Madero y Carranza, los sonorenses de Pesqueira o de Maytorena, los sinaloenses de Alvaro Obregón, los tamaulipecos de González y Villarreal, los duranguenses y chihuahuenses de Villa y Pereyra, los tusos zacatecanos de Natera ayudados por Cándido Aguilar, indio veracruzano, hacendado de poca cultura y mucha vergüenza, vendrán a remplazar a Oaxaca, a Toluca y al Distrito Federal que la perdieron! Los Hombres del Norte, yo ya no conozco otra cosa!

Después de expresarle mis esperanzas, no para dis-

cutir sus opiniones —con las cuales, en el fondo, marchó de acuerdo y no puede ser de otra manera en cosas esenciales cuando la armonía de nuestras mentalidades es tan perfecta— sino con la buena intención de disculpar lo que Ud. llama “honrado esfuerzo” y yo califico “bello gesto”; con el deseo vehemente de que el espectáculo de la guerra, siempre miserable visto en detalles, en escenas, y la constatación de indignas intrigas, no vengan a distraerme, a apartarlo del camino que tan noblemente se ha trazado; después de expresarle esas esperanzas, digo, debo confesarle que tampoco yo me hago ilusiones respecto de lo único que, sin la diabólica traición de Huerta, justificara cualquier movimiento en México: *la redención del Indio*. Yo temo tanto como Ud. que no se encuentren, el día del triunfo, hombres de bastante valer y prestigio para ayudar a Carranza en su obra de reconstrucción. Aquí está la palabra: “reconstrucción”. El mismo Azcona —que es de los pocos mexicanos que vean en el fondo esa turbia cuestión, la Cuestión India—el mismo Azcona le dirá a Ud. que así lo expuse al Maestro (así llamo yo a Madero): “*Penuria de Hombres*, esta es la verdadera crisis”, y el Maestro asintió. Si entonces nos faltaban Hombres para “mantener” ¿cómo no nos van a faltar ahora para “reconstruir” y mucho más para “regenerar”? Yo pienso que el hachazo de Huerta no cicatrizará en muchos años, por mucha prisa que nos demos en curar la honda herida. Cirujano, el pobre Carranza no podrá ser otra cosa, ni otra cosa puede pedirle el país sensatamente. Porqué además del hachazo feroz, la pobre patria tiene un mal más grave que Félix Díaz puso en evidencia: *una gangrena virulenta en la conciencia*. Y hay que extirparla. Esta gangrena, no la vieron todos, pero si la vió Madero cuando en el Casino de Monterrey, pocos días antes de tomar posesión de la Presidencia, echó este duchazo al frenesí de sus aclamadores: “Deseo que así como yo comprendo la responsabilidad que el pueblo me impone, este pueblo tenga conciencia de su compromiso y que estos aplausos y es-

tos vítores no sean los que se dirigen siempre a todos los triunfadores".

Querido amigo Ud. tiene la bondad de recordar aquel grito mío, lanzado a tiempo. Recordará Ud. también que al señalar el mal, preconizaba yo este remedio: "sin piedad para los que no tienen piedad". Es decir: sin piedad para el fiscal y el cura que le cobran al Indio cuando nace, cuando lo casan y cuando lo entierran, como le cobra el recaudador cuando vende una docena de jitomates, el alcalde cuando se enmona o el capataz cuando lo perdona; sin piedad para el abarrotero inmundado que lo envenena con brevajes imposibles, mortíferos, y le sirve, por sus cuartillas sonantes, alimentos indignos de un cerdo, teniéndolo de la mano y con la vista fija en su sed y en su hambre, hasta el momento en que, desperdicio, lo arroja en la fosa-refugio; sin piedad para el hacendado que lo explota doce horas diarias, contra nueve centavos y azotes; sin piedad para el "maistro" que lo roba con los libros de texto; sin piedad para el hijo del patrón que en una borrachera estupra a su hija porque es bonita; sin piedad para el enganchador que desde el Yaqui lo lleva a Chiapas instalado como cerdo en furgones; sin piedad para el Jefe Político que le arrebató a su pequeño para "ofrendarlo" al compadre del rancho inmediato; sin piedad para el boticario que lo cura de imaginarias enfermedades; sin piedad para el leguleyo que lo arruina "para gajes y papel sellado" en eternos pleitos que siempre pierde; sin piedad para el rico que por coche, tranvía o ferrocarril lo mutila sin pagarle indemnización; sin piedad para el minero o el fabricante que lo dejan manco o ciego y tampoco le pagan; sin piedad para el hacendado inmediato que le compra su territa por un plato de lentejas y lo deja peor que Job a los dos años, o en una "medición" se la coge simplemente; sin piedad para el judío de Tabasco o el gachupín de Guanajuato que le compra con falsos almudes y con falsas pesas; sin piedad para el recuero o el barquero que le hacen la "carga" perdediza; sin piedad para el médico del

Hospital que lo arroja a la calle por "incurable" (así encontré a uno, moribundo, camino a Gutiérrez Zamora, lo llevé a caballo hasta Naolinco, donde dejó sus pobres huesos); sin piedad para el sargento o el capataz que lo torturan en el cuartel o en el "cuarto de cepos"; sin piedad para el coronel que lo afilia "de leva", lo rapa y le roba alimentos y buena parte de la "paga"; sin piedad para el orozco que lo mismo lo subleva para derribar a sus opresores que para encumbrarlos de nuevo; sin piedad, sobre todo, para los que, periodistas o simples declamadores huertistas de cantina, felixistas de club, vazquistas de tertulia, reyistas de logia o barristas de púlpito, mantienen con la mentira, con la calumnia, con la constante impostura, el más abominable de los regímenes, la más odiosa de las tiranías, la más descarada de las usurpaciones y digo abominable, descarada y odiosa, porque no fué el criollo, *el pálido criollo* quién derramó su sangre anémica para conquistar la independencia americana, sino la roja y jugosa sangre azteca prodigada a torrentes por la salud de los hijos de sus conquistadores que, de entonces acá, adueñados del poder, rodeados de honores y riquezas, lo gobiernan bajo el nombre de liberales o conservadores tan admirables en su apatía, en su insignificancia, en su indiferencia de advenedizos, de "fils à papá" como despreciables cada vez que, peligrando su vida o sus riquezas, le piden de nuevo su sangre cuando ellos ni en tiempo de paz hacen servicio en filas o piden, sempiterna y alternativamente, la protección del extranjero en cambio de concesiones y de la dignidad nacional....

La independencia mexicana, amigo ilustrado y querido, está por hacer. Ni los tratados, ni los códigos ni la Historia, así, con H grande, ni los discursos ampulosos e indigestos del 16 de Septiembre, ni nada me prueba que un país en que de hecho existe la leva, el peonaje, la ley fuga y la tienda de raya, un país cuya enorme mayoría está compuesta de aborígenes que yacen en la ignorancia y la servidumbre, un país cuyos habitantes,

sometidos a un pequeño número de individuos que les son inferiores en energía, en perseverancia, en parsimonia, en gusto artístico, no tienen más derechos que los escritos en apollados códigos, es un país libre.

Y conste amigo mío, que no soy un demagogo. Por el contrario a nada temo tanto como al advenimiento de la demagogía en un país de iletrados, porque esto traería la anarquía con todos sus horrores de los cuales Ud. y yo seríamos víctimas y en seguidita o en menos tiempo de lo que muchos piensan, la intervención. No. Tampoco sé si soy demócrata. Hace 24 años que me estoy preguntando cuál es mi credo político y como todavía no acierto a definirlo, me voy acostumbrando a la terrible idea de cambiar de planeta sin haber conocido las delicias de tener un partido político. Victor Hugo dijo, Ud. recordará: El que a los 20 años no es republicano, es que no tiene corazón y el que a los 40 lo es, es que no tiene cerebro. Yo tenía corazón a los 20 años y jamás he sido republicano. Sería porque estaba yo en México, gobierno republicano federal, liberal, con separación de la Iglesia y el Estado, una Constitución bellísima festejada todos los años con cohetes, camarazos, cacahuates, música y todas esas cosas que tanto divierten a los muchachos, bajo el "paternal" imperio de un señor General con Porfirio Díaz cuya majestad inspiraba a todos inmenso respeto, cuyo nombre no se pronunciaba sin esa mirada circular sobre los hombros, que hoy produce todavía en Guatemala don Manuel Estrada Cabrera y en México esa otra excelencia reinante, el Señor General don Victoriano Huerta. Pero a pocos pasos de mi casa paterna, había un cuarto que la maledicencia pública había bautizado: "el cuarto de las puñaladas". Ahí era fama que don Güicho Carrillo, ex-mozo de estribo de mi padre, acuchillaba personalmente, en desempeño de sus altos deberes de comandante de la policía, a todo aquel cuyas opiniones no convenían a la estabilidad del señor Presidente, del señor Gobernador, del señor Jefe Político, del señor Presidente Municipal o del propio señor

Comandante, o también, otras veces, por otras causas de orden menos público. Débese a eso quizá mi escepticismo político pues ya sabía yo que su Graciosa Majestad Victoria y el buen rey Behanzin, gobernando este un país más salvaje aún que ese hermoso país que a Ud. y a mi nos vió nacer, emplearon nunca los procedimientos que en los años que llevamos de vida, con excepción de esos 15 meses que parecen sueño, se han empleado siempre en la República federal, liberal y constitucional de México.

No soy demagogo, ignoro si soy siquiera demócrata. Yo no creo que en México, donde el criollo incivil e incívico —heredero fatal de todos los vicios presupuestivos y la indisciplina social de los españoles— impera, no creo, digo, que México, después del infeliz ensayo de Madero, la democracia sea posible. Pido un dictador, pero un buen dictador. Un dictador que despacha a los políticos a sus casas y a los periodistas a la cárcel; pero que se ocupe, inmediatamente, de reorganizar, de reconstruir, de restañar la herida y en seguida de hacer justicia al pueblo. Un dictador de mano férrea que se apoye en el pueblo rodeándose de hombres sanos y firmes, criollos, indios y mestizos. Un dictador que pierda de vista su interés personal para consagrarse al bien del pueblo. I conste querido amigo que esto no lo reclamo hoy, después del "fracaso" de Madero, nó. Esto lo vengo reclamando desde que mi pluma, al amparo de una libertad que fui de los muy pocos que supieron entenderla y respetarla, pudo expresar libremente mi pensamiento.

Siempre leerá con gusto verdadero sus gratísimas cartas este amigo suyo que lo estima y lo quiere sinceramente.

X.

Y de todos modos, querido amigo, viva la Revolución! Los bravos luchadores que recogieron el ensan-

grentado estandarte, llegarán con él para ponerlo sobre esa gloriosa campana del Palacio Nacional que deshonró la infame mano del traidor y que recobrará su virtud al anunciar, en triunfal repique, su caída. El pueblo ibero-azteca tiene, desde ese momento, señalado el camino de Jerusalem. "Alea jacta est."

### GENERAL HUERTA, NE TOUCHEZ PAS A CETTE CORDE!

Non, ne touchez pas à cette corde: elle brulerait vos doigts infâmes. La corde qui, le 15 Septembre 1810, sonna la cloche de l'Indépendance Mexicaine, garde l'empreinte de deux dextres glorieuses: celles de Hidalgo et de Madero. Ne touchez pas à cette corde. Elle n'est pas pour votre main impie: elle est, Général Huerta, pour votre cou. Arrière, Judas, ne touchez pas à cette corde. Elle est, de tout, la seule chose que vous n'avez pas souillée. Soldat, votre chef suprême vous choisit entre tous (comme on choisit, pour sa femme, une femme entre toutes les femmes) pour défendre la volonté du peuple. Indien, vous avez trahi votre race en trahissant l'homme qui, seul, eut pitié de son infortune séculaire. Arrière, bandit qui deshonnorez les bandits. Arrière, traître qui deshonnorez les traîtres.

Arrière, Général Huerta. Ne restez pas, ce soir, au balcon du Palais National. Ne sonnez pas la cloche sacrée. A son écho, mille ombres surgiraient de terre pour vous jeter à la face leur malédiction formidable. Gardez votre main sanglante sur la poigne de ce sabre qui, sur votre cuisse, est un symbole et sous les mailles d'acier —autre symbole!— qui couvrent votre cœur

de traître, d'assassin et de lâche, attendez-nous, Général Huerta!

Toulouse, 15 Septembre 1913.

J. MILLET.

Los conocimientos prácticos deben reemplazar a la rancia erudición de pergamino. En Hispano-América, la instrucción es casi exclusivamente literaria. Y cuando a la peripatética, al estilo bomboso, declamatorio, suceda el discurso libre y conciso, podrá decirse que la intelectualidad hispano-americana ha entrado en la civilización, se ha democratizado porque ha puesto sus recursos de expresión, de vulgarización, en manos del pueblo. El ditirambo hispano-americano es insoportable para los espíritus fuertes, analíticos y positivos. Como los viejos sistemas políticos, hay que abolir en América los viejos cánones literarios. Abundancia verbal, retórica ampulosa, hay que acabar con eso.

Por otra parte, nuestra instrucción literaria ¿en qué aprovecha al pueblo? En México, con pocas excepciones, solo los mercenarios escriben. Mientras el periodismo se encuentre monopolizado por empresarios que perverten las conciencias de sus dependientes obligándolos a interpretar y difundir el criterio de otros personajes que a su vez los subvencionan para ello, el pueblo será deliberadamente engañado. En otros países, existen periódicos subvencionados por empresas filantrópicas o por benéficas iniciativas de asociaciones o particulares devotos del bien público. Su esfuerzo atenúa los males que causan a la colectividad los periódicos que bajo una engañosa enseña religiosa o política, esconden inconfesables apetitos. En México, durante la administración maderista, cualquiera pudo escribir contra los gobernantes, contra las familias de los gobernantes, contra el

arzobispo, contra los masones, contra la finanza o contra el pueblo, pero nadie se hubiera atrevido a investigar los manejos del judío Goethschel, Pontífice Máximo del periodismo mexicano. . . .

Cualquiera que tenga idea, puede escribirla. Si quiere adornarla . . . un Larousse lo sacará de aprietos. Que no encuentra editor? Con cien pesos tendrá dos mil folletos. Conozco excelentes conversadores que no escriben porque se imaginan que es diferente. Error. Quien bien habla, mejor escribe, claro, porque para escribir tiene todo su tiempo. Qué han escrito Rouxeau, ni Alberto Pani, ni Bernardo Calero, ni Fagoaga, ni el músico Elorduy? Y sin embargo, los chispazos de su ingenio brillan en la memoria de sus amigos con más intensidad que muchas lecturas de letras de molde cada día más borradas por el tiempo. . . . Tengo cartas de amigos más instructivas y mejor inspiradas que muchos editoriales de alto vuelo; pero sinceramente escritas, como si fueran habladas, sus autores, encastillados en el viejo prejuicio, las juzgan impublicables. Sintáis, léxico, hasta ortografía, todo eso lo puede arreglar un amanuense. Lo importante es la idea y la claridad para divulgarla.

#### C. SOLORZANO.

Esos revolucionarios o constitucionalistas de México sacan dinero, por la fuerza, a contratistas y empresas; lo cual podrá no estar bien pero tiene la excusa de la guerra.

Pero ¿qué excusa tiene el colosal despojo de muchísimos propietarios mexicanos, realizados bajo el gobierno del general Díaz y que relata "La Prensa" de los Angeles, en uno de sus últimos números?

Romero Rubio, suegro y ministro de Díaz, fué el autor de esa medida. Se comenzó por formar un censo de los terrenos pertenecientes a las comunidades de in-

dígenas, establecidas en tiempo de España. Luego se encargó al licenciado Islas y Bustamante de registrar los catastros y de hacer la lista de los ranchos y las haciendas, cuyos dueños tuvieran títulos de propiedad du- dosos o hubiesen litigado por la posesión de esas fincas.

Del informe del licenciado resultó que había unas ciento cincuenta mil hectareas de terrenos que podían considerarse como baldíos y quedar, por lo tanto, a disposición del Estado. El tal documento dice "La Prensa", fué manufacturado expreso con el fin exclusivo de despojar a los indios y rancheros de sus tierras para adjudicárselas a los "científicos" y aventureros.

Pacheco, ministro de Fomento, comisionó a cincuenta individuos para que midiesen las tierras y dijese cuales eran las mejores.

A medida que se iban recibiendo estos informes iba acordando en Consejo de Ministros el adjudicar los terrenos en calidad de baldíos, a personas adictas al Gobierno; o venderlos por sumas irrisorias a compañías extranjeras. En los cuatro primeros años de la Presidencia de Díaz se despojó a los Estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz e Hidalgo de cuarenta y siete mil hectareas; de las cuales una parte fué adjudicada al Presidente y a su yerno; y otras partes a los ministros Dublán y Pacheco y a otros sujetos.

A Díaz lo sucedió por cuatro años, en la Presidencia, su amigo el general González (don Manuel); y éste "echó el buen día en casa", como dicen lindamente los mexicanos, apropiándose treinta mil hectareas en los Estados de Coahuila, Tamaulipas y Nuevo León; terrenos poseídos hoy por sus hijos don Fernando y don Manuel y por los señores García (don Telesforo) y los herederos de Pacheco y otros.

Al volver Díaz a la Presidencia les quitó sus tierras a los indígenas del Distrito Federal para regalárselas a los señores Noriega (don Inigo), Landa y Pliego Pérez. Los Gobernadores de los Estados se adjudicaban a sí mismos las tierras que les convenían. Mucio Martínez,